

pulo mio en la universidad con su maestro de elocuencia. Tratábase de la improvisacion, y queria que improvisáramos allí en seco obras llenas de indignacion y de estro, cual si viniéramos de ver al Macedon como el orador ateniense, ó de encontrarnos con Catilina como el orador romano. Figúrese, le decia el catedrático á mi amigo, por grande esfuerzo de imaginacion, que Vd. en persona en Demóstenes, y el señor, cualquiera de los condiscipulos, Esquines. Usted sabe que le calumnia, que le hiere por la espalda, que cegado de celos y rivalidades oratorias, conspira contra la patria, contra la libertad, contra Vd. mismo, y atiza desde los demagogos hasta los macedones; ¡sus! contra él, encájete una elocuentísima invectiva. El pobre muchacho, que se encontraba en la prosáica cátedra de Madrid y no en la Agora de Atenas; que consideraba al figurado Esquines como un amigo del alma y no como un ser pernicioso; que no podia participar de cóleras sobre las cuales han pasado siglos y siglos, decia cuatro frias vulgaridades con voz desmayada, y sudando de fatiga y de vergüenza entre las carcajadas de todos los alumnos. Y cuando habia concluido la forza-

da arenga, cuyo único mérito era la brevedad, volviáse muy sério á él su catedrático, y le arrojaba á boca de jarro esta perogrullada; «pues lo hacia mucho mejor que Vd. el gran Demóstenes.»

No se juzguen, pues, las obras de los pensionados de Roma como obras de sabios maestros, sino de jóvenes discipulos de primer año. Juzgadas así, encontrareis bien pronto su verdadero mérito.

Quien, al ver la Disputa del Sacramento pintada por Rafael en la estancia donde los Papas firmaban los Breves, no sé quede estático ante esa maravillosa perfeccion, que jamás ha sido igualada, renuncie por completo á sentir y comprender el verdadero arte. Ese bellissimo fresco tiene dos partes; la parte superior que pasa en el cielo, y la parte inferior que pasa en la tierra. Yo he seguido en mis peregrinaciones por Italia con religioso culto la genealogía de esa página inmortal génesis de la belleza. He visto las obras del maestro de Rafael, las obras de Perugino, que siendo materialista y ateo, pintaba Santos, y Cristos, y Vírgenes, con la austera piedad de un cenobita en demostracion de cómo se impone á la conciencia y á

la fantasía del artista, la fé y el espíritu de su siglo.

He visto en el Baptisterio de Florencia las puertas de Ghiberti que enseñaron á Rafael un dibujo superior á la severa austeridad de su maestro. He visto en el Cármen la luz del nuevo dia en los muros animados de ideas inmortales por los hábiles pinceles del Masacio. He visto la sacristía de Sienna, donde compartió Rafael los trabajos del Pinturricchio, y donde contempló por vez primera la armonia griega en el marmóreo grupo de las Tres Gracias, que acaba de ser desenterrado precisamente para señalar aquella hora crítica de la conjuncion del espíritu antiguo con el espíritu moderno en la creadora edad del Renacimiento. He visto luego el primer albor de la Disputa en una obra maestra de Perugia dejado sobre las paredes de antigua capilla. Y he visto la madura, acabada, perfecta obra, en la estancia de Julio II. Pues ese fresco, en su parte inferior, ha sido copiado, una mitad por el Sr. Ferran, y otra mitad por el Sr. Pradilla. ¡Dios mio! ¡Cuán difícil es el repetir aquella sobriedad magistral, aquel candor sublime, aquella delicadeza de expresion, aquella profundi-

dad de sentimiento en que descollaba el pintor divino, igual á Fidias, á Homero, á Sófocles, á Platon, á Virgilio, en el arte de revelar con belleza todas las ideas. Mirad la austera majestad del paisaje parecido á los azulados picos de las montañas de Umbria; el blanco altar donde resplandece el Santísimo Sacramento; el cielo trasparente como el cielo de una noche serena en Roma; á un lado, á la derecha, San Agustin, que resumió toda la ciencia cristiana antes de que el mundo romano se acabara de extinguir bajo el diluvio de los bárbaros; San Ambrosio, que luchó con los herejes y con los tiranos; Pedro Lombardo con su larga barba y austera mirada, elevando imperiosamente el brazo á las alturas como para enseñar entre las estrellas del firmamento los dogmas del Cristianismo; Pedro Lombardo, que compendió, al mediar la edad cristiana, los trabajos teológicos precedentes; Juan Dius, célebre por las sutilezas de su argumentacion y la finura de su ingenio; Inocencio III sobre las gradas del altar como sobre las gradas del trono; San Buenaventura con su púrpura resplandeciente como si la hubiera pintado un veneciano; San Anacleto con las señales del

martirio y el místico resplandor de la fé; Santo Tomás como imágen de toda la ciencia, y el Dante como imágen de toda la poesía católica, envuelto el uno en su estameña de monje, y coronado el otro por los laureles del genio; mientras que á la izquierda se agrupan San Gregorio Magno, cuya mirada perdida en el cielo del ideal de su mente se refleja en lo infinito; San Gerónimo reconcentrado sobre sus grandes libros; grupos jóvenes, que, no pudiendo ofrecer los tesoros de ideas presentados por los Padres de la Iglesia, ofrecen el tesoro de sus corazones en religiosa mística adoracion; el Perugino asociado por la piedad de su discípulo á este hosanna inmortal; Rafael mismo, aunque un tanto disfrazado por las vestiduras eclesiásticas, como representante del arte católico; el Bramante, á quien perfecto jóven digno de figurar por su serena hermosura entre las estátuas griegas, le muestra el centro de ese divino misterio, por el cual descende el cielo á la tierra y se eleva la criatura á la esencia incomunicable del Creador.

Cuanto puede decirse en elogio de los dos pensionados que han emprendido el trabajo de copiar este fresco único, es poco por su co-

pia llega á formarse aproximada idea del original. Uno y otro, lo mismo el Sr. Ferran que el Sr. Pradilla, han sabido desceñirse de su propia personalidad y perderse en el espíritu de su modelo. Esta abnegacion, este sacrificio de sí mismos no serán inútiles. A los grandes oradores y á los grandes hablistas, á todos cuantos cultivan el estilo, sírvelos de mucho copiar al pié de la letra un discurso de Demóstenes ó de Ciceron, unas páginas de Mendoza ó de Granada. Guichardini, que ha dado á la historia moderna toda la pompa de la historia antigua, seguía constantemente este método: copiaba capítulos enteros de Tito Livio. Lo mismo hacia Petrarca en frente de los modelos clásicos, no solo al escribir en latin, sino tambien al escribir en italiano.

¡Cuánto no servirá á nuestros jóvenes artistas el excelente ejercicio de copiar á los grandes maestros y de adquirir, si no su genio, que es personal é incomunicable, su ciencia y su experiencia! Así habrán ganado mucho y le habrán dejado á la nacion el comienzo de verdadera galeria de copias donde pueda completarse la educacion artística y adquirirse una idea de los eternos mo-

delos que han realizado el bello ideal sobre la tierra.

Coinciden á veces en la historia del arte dos genios que tienen cualidades contrarias, y que abrazan en estas cualidades toda nuestra naturaleza. De esos genios pareados, los unos representan el lado dulce, melodioso, armónico de la vida; los otros sus tempestades, sus dolores, sus desproporcionadas grandezas. Por ejemplo, Esquilo y Sófoles, Horacio y Virgilio, Velazquez y Murillo, Herrera y Rioja, Beethoven y Mozart, Goethe y Schiller, Víctor Hugo y Lamartine. ¿No diríais que cada uno de ellos tiene cualidades opuestas, y que todos forman como el fondo inmortal del espíritu humano? Pues, no hay dos genios que representen las dos facetas de nuestro sér como el divino Rafael y el sublime Miguel Angel. Todo en éste es nervio, fuerza, grandeza; todo en aquél es gracia, armonía, dulzura, y aunque los dos parecen en contradiccion, son toda el alma humana; como Aristóteles y Platon, que parecen opuestos, vienen á ser al cabo toda la humana ciencia.

El trabajo de los jóvenes académicos no fuera completo si á una copia de Rafael no

acompañára tambien una copia de Miguel Angel. Lo más sublime que ha salido de las manos de este solitario y austero creador en mármoles, es el panteon de Médicis, y en pintura los profetas y las sibilas de la Capilla Sixtina. El mayor de todos los profetas en aquel gigantesco techo, es como en la historia Isaías. Y el Sr. Plasencia ha copiado el Isaías con felicísima entonacion; pero el tamaño escogido es una gran falta, porque le impide dar una idea exacta de las grandiosas cualidades y del singular estilo de su sublime modelo.

Junto á estos estudios en la esfera del arte, hay otros no ménos atendibles en la esfera de las relaciones del arte con la naturaleza. Yo he conocido muchos que viven, como vivimos todos, en la creacion; y que no lo sienten. Por largo tiempo la pintura se redujo á trasladar sobre áureas tablas la humana fisonomía sin tomar ni un soplo al aire, ni una hoja al árbol, ni una flor al prado. Mirad los maestros de Sienna por espacio de dos siglos. Sus maravillosas vírgenes se destacan de un fondo de oro, que parece el fondo luminoso, pero uniforme, de la eternidad antes de la creacion de los mundos. Un

amanecer en que el cielo comienza á formar esa nacarada luz del alba; una noche estrellada y silenciosa; el rielar de la luna en las trémulas ondas, ó el cabrilleo de la estela resplandeciente tras la oscura quilla; los picos nevados en el lejano horizonte y los lagos dormidos en el hondo valle; un torrente que brama y un arroyo que susurra; la puesta del sol entre nubes de encendida púrpura, y los arabescos que los resplandores del mediodía forman en el suelo de los bosques; todas estas grandezas no tienen sentido alguno para quien carece del primero y más natural de los instintos estéticos, del sentimiento de la naturaleza. Pues qué ¿no idearon poetas, y poetas muy grandes, ser cosa más bella que las selvas primitivas de la creación los jardines arbitrarios de la fantasía, en que los árboles se hallaban formados monstruosamente por humanos cuerpos?

¿Hay algo más grande que el monte Blanco en Europa? Es la cúspide real, digámoslo así, de nuestro continente. Pues yo tenía un viejo amigo dotado de excelente vista para atisbar la última hormiga de París, y que en Ginebra jamás vió el monte Blanco, ni siquiera por aquellos días más

claros, cuando el gigante de hielo brilla con más vivo esplendor. Sentir la naturaleza es cosa difícil, despues de todo en el arte; y los trabajos al lápiz, á la aguada, al óleo, de los Sres. Morea y Galofre, demuestran que sienten y comprenden la naturaleza en toda su verdad. El primero tiene una sencillez, una espontaneidad, un candor adorables; el segundo una fuerza, una energía, una grandeza verdaderamente artísticas.

Extendíme demasiado, y debo limitarme por no alargar el asunto más allá de los límites de un artículo. Hay otros muchos trabajos que merecen verdadera estima: el busto en gran tamaño de Gonzalo de Córdova, modelado con prolijo estudio por el Sr. Bellver; la medalla de Goya, grabada magistralmente por el Sr. Maurelo; los dibujos y acuarelas del panteon de Agripa, con sabiduría acabados por el Sr. Alvarez; el Moisés de Miguel Angel, dibujado con vigoroso lápiz por el Sr. Pradilla; los estudios del señor Bellver, que merecen toda alabanza; las composiciones líricas del Sr. Chapi, y la grande estatua del Calderon, artísticamente concluida y con esmero modelada hoy en barro por el Sr. Figueras para ser esculpida

mañana en mármol, á fin de ornar con esta efigie de uno de nuestros mayores genios cualquiera de los monumentos de España, tan faltos de estos testimonios de nacional gratitud. Lástima grande que súbita enfermedad de los ojos haya privado al entendido arquitecto Sr. Aguado acabar sus estudios del templo de Tivoli, muy encarecidos por todos aquellos que vieron sus comienzos.

Tantos trabajos son presididos por una grande inteligencia, por un hombre de verdadero mérito y de verdadera vocacion, que juntamente con las inspiraciones de su fantasía y los consumados estudios en su arte, reúne patriotismo y afecto á la juventud, por el ilustre pintor D. José Casado del Alisal, universalmente querido y admirado en Roma. Reciban todos, el director y los alumnos, un testimonio de gratitud que les tributa este profano á las artes, cuyo único título para entrar en su templo, no es ciertamente la facultad de sentir y conocer, sino la facultad de admirar. Lo declaro francamente, yo no he nacido para ejercer el juicio artístico, pero he nacido para ejercer la admiracion. Jamás se la he regateado á todo lo grande, á todo lo bello, á todo lo justo.

Encontrareis en la tierra que vais á recorrer, jóvenes alumnos, y en las artes que vais á cultivar, muchos que os zahieran, pocos que os admiren. No desmayeis por eso. La sociedad tiene, como la naturaleza, sus leyes implacables. Y la sociedad pone junto á cada luminar una sombra, junto á cada genio un enemigo, junto á cada vocacion una espina, para que descontentos los hombres verdaderamente grandes de sí mismos, siempre lleguen por el aguijon de la critica, y hasta por el espoleo de la calumnia, á una verdadera perfeccion. ¿Qué quereis? Así es la tierra y en toda ella la vida se alimenta de la muerte, y la inspiracion del dolor. Vosotros debeis hacer el bien por el bien, y amar el arte por el arte, sin temer la critica de unos, ni esperar el premio de otros. De las inmensas estelas cósmicas, de las gigantescas nebulosas, llueven soles, y de los soles llueven planetas en la inmensidad. De muchas ideas, de muchas inspiraciones, de muchas ciencias, de muchas artes, de mucha luz, saldrá tarde ó temprano una España regenerada y libre. Vosotros, sin quererlo y sin saberlo, sois sus Bautistas y sus Profetas.